

LOS ESPAÑOLES EN MÉXICO Y EL ESPAÑOL DE MÉXICO: EXTRACTOS DE PSICOLOGÍA DIALECTAL

ANA CASTAÑO

Instituto de Investigaciones Filológicas

Universidad Nacional Autónoma de México

No me la siente en el suelo,
síntemela en un cojín,
que las hijas que yo tengo
son hijas de un gachupín
Rima popular infantil¹

¡Maravilla, maravilla!
¡Dense a Dios gracias sin fin,
que ha venido un Gachopín
de la celestial Castilla
“Ensalada del Gachopín”²

Nuestra lengua. Imposible separarla de nuestra vida diaria, de la historia de nuestra vida, de nuestros afectos y nuestras emociones. La lengua materna es además una de nuestras primeras señas de identidad, lo que nos hace especialmente perceptivos de sus matices, y nos ayuda a definirnos frente a los hablantes de otras lenguas —como sabe todo el mundo, y como ha sentido en carne propia todo el que ha vivido por un período prolongado de tiempo en un lugar donde se

¹ *Naranja dulce, limón partido. Antología de la lírica infantil mexicana*, p. 54.

² Fernán González de Eslava, *Villancicos, romances, ensaladas y otras canciones devotas (siglo XVI)*, p. 246.

hable una lengua diferente de la suya—. Pero no sólo frente a los hablantes de “lenguas extranjeras”, la lengua materna nos ayuda sobre todo a definir una identidad menos urgente quizás, pero mucho más precisa, más fina y por eso más importante: la que nos posiciona frente a los hablantes de otras variedades de nuestra misma lengua. Un ejemplo emblemático de esto es el caso de los españoles en México —y también el de los mexicanos en España—. En un volumen de homenaje como este se me perdonará, quizá, hablar por un momento en un tono personal, e incluso evocar un breve episodio autobiográfico relacionado con esta idea de la definición de la identidad mediante el contraste entre variedades de una misma lengua. Por lo demás, en estas líneas ofreceré una breve selección de pasajes relativos a este tema, escritos por autores españoles en México, y algunos también por autores mexicanos en España. Procuraré ir engarzándolos lo mejor que pueda.

Uno de mis primeros recuerdos de Paciencia Ontañón —y de hecho uno de mis más viejos recuerdos de infancia— es el de ella enseñándome a recitar la “Canción bobá” de García Lorca (“Mamá, yo quiero ser de agua/ —hijo, tendrás mucho frío./ Mamá, yo quiero ser de plata/ —Hijo, tendrás mucho frío./ Mamá, bórdame en tu almohada/ —Eso sí, ahora mismo”). Recuerdo vagamente algunas sensaciones en torno a esa escena repetida varias veces: la mirada divertida de Pache, el tono característico de su voz y, siempre, al final, su mirada entre juguetona y maliciosa. Lo que recuerdo más claramente es una decidida reticencia mía a decir el segundo y el cuarto versos: “Hijo, tendrás mucho frío”. Yo sentía que ese “hijo” traicionaba, de alguna manera, la forma de hablar de mi casa, y lo evadía a toda costa: fingiendo haberlo olvidado, glosando el verso con algo como: “No, porque tendrás mucho frío”, haciéndome la distraída. Y Paciencia seguía, haciendo honor a su nombre y a esa cariñosa generosidad suya que siempre me regaló, esperando que yo dijera el verso como era. Pero aquello era superior a mis fuerzas: “Hijo”. Nunca mis padres se habían dirigido a mí con esa

palabra; quizá en parte por eso no la entendía yo como vocativo, ni como la manera natural —aunque a mi modo de ver un tanto formal— que una madre tiene para dirigirse a su hijo. A mí, a lo que me sonaba era a una interjección, a la muy mexicana expresión exclamativa: “¡hijo[les]!” o, peor aún, “¡hijo [de la ...]!”

Ahora, después de tantos años, no sólo he comprendido que García Lorca jamás habría podido oír esa palabra como yo la oía. También he comprendido que a mis tres o cuatro años yo percibía, de alguna manera, que el español de casa era levemente distinto del español de fuera de casa. También percibía yo ya entonces, y esto viene más a cuento, que Pache y Juan hablaban un español levemente distinto del de mi casa, pero también distinto, bastante distinto, del de la calle. Finalmente, me hago cargo del esfuerzo de adaptación y de adopción realizado por ambos —creo que especialmente por Pache— al hacer suyos varios rasgos y expresiones del habla mexicana (recuerdo con qué gusto pronunciaba ella los “¡híjoles!”, y la picardía con que llamaba “grosero” a Bernardo, su perro, jugando con la leve diferencia de sentidos que esta palabra tiene todavía a ambos lados del Atlántico).

En las notas que siguen voy a referirme a algunas de estas actitudes que adoptaron, durante el siglo xx, unos cuantos escritores, literatos o filólogos, viajeros o emigrantes españoles (y también algunos mexicanos) frente a los respectivos dialectos o variedades normativas de nuestra lengua común. Como lo que aquí interesa son las actitudes lingüísticas y las reacciones psicológicas, de naturaleza sobre todo intuitiva y emocional, por parte de los hablantes hacia las distintas variedades de su misma lengua, centraré principalmente la atención en unos cuantos testimonios de viajeros: escritores, y usuarios “legos” (no especialistas) de la lengua española, además de recurrir una que otra vez a los testimonios y a la autoridad de algunos especialistas de ambos países, habida cuenta de que éstos, amén de filólogos, son también viajeros y, ante todo, beneficiarios —a veces también benefactores— del español.

Quizá no esté de más recordar brevemente que la lengua española constituye hoy el territorio común de 22 países, y, a partir del siglo xvi, un vehículo y catalizador, por excelencia, de la cultura y de las relaciones sociales y políticas entre los habitantes de territorios muy diversos y apartados entre sí. La consecuente variedad lingüística surgida como resultado de esa gran expansión del español ha generado, a lo largo de los siglos, muy variadas actitudes y reacciones por parte de sus hablantes; una de ellas, asumida por ilustres filólogos a ambos lados del Atlántico, consistió en una honda preocupación por la unidad de nuestra lengua, lo que los llevó a emprender diversos proyectos tendientes a su conservación.

Explicablemente, la mayoría de los testimonios que de estas actitudes nos han llegado hacen referencia, de manera más o menos explícita, a la relación filial del español de México con respecto al de España. A propósito de esto hay un pasaje de Alfonso Reyes especialmente sintomático en varios sentidos, por lo que vale la pena citarlo por extenso:

Advierto, desde que piso tierra de España, que se apodera de mi mente un esfuerzo de traducción. ¡Y soy un discípulo de las disciplinas lingüísticas del Siglo de Oro! ¡Cuánto mayor no será el esfuerzo para cualquier hijo, plenamente dialectal, de mi pueblo!

La pluma en la mano me obliga a un lenguaje en cierto modo internacional. Pero, en mi primera reacción verbal ante los fenómenos de la vida, yo siento que siento en una lengua levemente distinta de la peninsular.

En esta levedad del matiz está el conflicto. ¿No habéis notado que los italianos nunca logran completamente hablar con pureza el español? Como su lengua se parece a la nuestra, les salimos a medio camino, para entenderlos, y les basta con traducirse a medias. Así, muchos de los míos pasarán por España sin percatarse de que no sentían, del todo, en peninsular.

Me ocurre pensar que esta desviación dialectal puede servirnos de índice para ir construyendo una teoría de nuestra sensibilidad diferente, americana, y hasta —en mi caso— mexicana.

¿Qué es un dialecto? Una descendencia en vías de emancipación. (Que puede, claro es, prosperar o no.) El hijo que alcanza

la mayor edad es, a los ojos del padre, un dialecto de la familia. Se le parece: se diferencia apenas. De este “apenas” nace —irredimible— la guerra entre el padre y el hijo, que es el fermento de la Historia (1924b: 141-143).

El pasaje es sintomático no sólo por lo que dice, sino, entre otras cosas, por el empleo del *vosotros* inmediatamente después de haber admitido las diferencias entre el español de México y el de España; además, es sintomático por la fecha en que se hace esta “confesión de diferencia”, que se antojaría algo tardía (primer cuarto del siglo xx); porque, además de la prosopopeya (animación de ‘lengua’), la relación fundamental establecida no es, como en casi todos los casos semejantes, de [lengua] madre a [lengua] hija, sino de padre a hijo, etc.

Varios años después, un inmigrante español en México, buen amigo de Reyes (José Moreno Villa), parece responder a este pasaje al describir su experiencia con el español de México. También este hablante y escritor trasplantado quiere dar cuenta de ese “pequeño misterio” (de esa “levedad de matiz”) que se origina en el encuentro de diferentes variedades de una misma lengua, y también él presta animación a la lengua, que en sus manos se convierte en “un ser caliente y animado”:³

El español en boca mexicana

Son las palabras españolas, mías, las que llegan a mis oídos, pero con qué otro son. No suenan lo mismo.

Este pequeño misterio sobre el que todo el mundo pasa, considerándolo sin importancia, es lo que más me detiene. Me paro a ver si es el tono, el ritmo al hablar, o las dos cosas. ¡Qué maravilla! Pero si es ahí, en eso, donde está lo más hondo del

³ “Porque a mí, haciendo estos paralelos del habla española, me parece que estoy manejando carne en vez de palabras, o palabras hechas carne. Y que hay que acercarse al idioma español transoceánico como se acerca uno a un ser caliente y animado, no a un producto gramatical” (1985: 71 y 72).

alma humana. En el tono acusan los mexicanos, por lo pronto, su bondad, y acaso un velado sentimiento de lejana servidumbre; y en el ritmo, tan lento, la dificultad de una lengua que no es la vernácula.

Voy creyendo que los mexicanos tienen todavía, al cabo de los siglos y de los cruces, una dificultad nativa para hablar el castellano con la fluencia y naturalidad de un ibérico.

[...] El mexicano pone un especial cuidado en hablar correctamente. Pero, aquí está, se le nota el cuidado que pone, la meticulosidad con que lo pronuncia. Se le nota... la dificultad que tiene que vencer. Y, en vencerla, emplea tiempo; y por esto es lenta su expresión, lenta, melosa y recalcada.

[...] En el habla mexicana (que es el idioma español, pero con algo más) se tienen que poder señalar científicamente los rasgos del mestizaje lo mismo que en las caras, pero esto no basta. Se tiene que llegar a la psicología del indio y a sus rasgos morales.

Yo he visto en algunos indios el salto de la humildad a la malquerencia y al odio. Y he creído descubrir también en el tono y el arrastre de una frase un asomo de crueldad refinada o de ferocidad dispuesta a ponerse en práctica.

Varios son los testimonios de viajeros españoles (y algunos mexicanos) que durante el siglo xx dejaron constancia de algunas de las diferencias observadas y vividas en el encuentro lingüístico: desde las sutilezas reflejadas en las diferencias de tono y ritmo hasta la riqueza en la variación del vocabulario, incluidos los vistosos mexicanismos —algunos de los cuales merecieron especial mención, como *chiquear*, *escuíncl*, *apa-pachar*, *ningunear*—, pasando por el peculiar uso de los diminutivos, los posesivos o ciertas preposiciones, propio del habla mexicana.

Un mexicano que, tras la Decena Trágica, vive “refugiado” en España por los años veinte y un español que vive refugiado en México por los años cuarenta (de nuevo Reyes y Moreno Villa) nos muestran, cada uno por su cuenta, sendas instantáneas de su lengua, escuchadas de labios del *otro*. El mexicano retrata un diálogo escuchado en un café de la calle de Alcalá, en Madrid; y el español, un par de conver-

saciones escuchadas en la intimidad del ámbito doméstico de un hogar mexicano. Ambos reflexionan sobre esas fisuras que inevitablemente se producen cuando, afinados desde la cuna todos nuestros receptores para una determinada modalidad de la lengua, nos toca vivir donde se habla otra modalidad de esa misma lengua.

—¡Hola!

—¡Hola!

—¿Y qué?

—Pues ná.

—¿Y aquéllo?

—¡Toma! Pues aquéllo... Así, así, nada más.

—¡Hombre!

—¡Pues claro!

—Pero ¿y la cosa esa?

—¡Vamos! ¡Quita allá!

—Es que...

—¡Quiá, hombre!

—¡Andá! ¿Y éste? ¿Qué se ha figurao?

—¡Bueno, hombre, bueno!

—¡Pues hombre!

(Da capo)

Así, a veces, durante varias horas: vagas alusiones en torno a una realidad que escapa a la mente misma de los que quisieran asirla. Una tenuísima corriente de evocaciones pasa cosquilleando el espíritu. No se define nada. Precisar, duele. —¡Oh voluptuosidad! Rueda, por las terrazas de Alcalá, calle arriba, calle abajo—, un vago rumor de almas en limbo (Reyes, 1924a: 19-20).

Ahora la contraparte: el habla mexicana retratada por un español de visita en México:

—¡Óigame Petrita!

—Mande.

—Háblele a la señora Lupe por teléfono.

—Con permiso.

—¡Pase!

—Bueno... Quiúbole... ¿Qué tal?... ¿Cómo ha estado?... Todavía no viene... Estoy medio mala... Tantita leche... Sí, a Salvador le cayó chamba... Figúrese nomás... Pues sí, figúrese que a la tía Chela la corrieron de su casa y tuvo que salir con todo y perico... Sí, con todo y sus chivas... La pobre... tan mona... Ella dice que la quisieron ningunear... Bueno... nos vemos... Hasta luego... ¡Cómo no!... ¡Pues sí!

—Imagínese nomás, comadrita. Como yo estoy muy empolvada en francés...

—Pero... ¿Cómo así, comadrita? ¡No me diga! Con toditito lo que pasó en Francia.

—Pues sí, comadrita, a l' hora de l' hora naditita le sirve a uno. El asunto entró en receso. Y mi cuñada se hizo guaje. Que vino la de malas, comadrita.

—No me diga... Pero su cuñado está como para la castañeda.

—Eso mero digo yo. Y su mujercita, la muy babosa, todavía les regala chácharas... Sus huarachitos, sus casimires...

—Ay, virgen purísima... Y dígame, comadrita, el compadrito ¿no viene siempre?

—Hasta el mes de diciembre viene.

—¡Qué relajo, comadrita!

—Pues sí, ya estaría de Dios.

—¿Se ha fijado usted, comadrita, en qué fachas se va presentando la señora Lucha?

—Cállese, comadrita... Con todo y ser de muy buenas familias... Pero la pobre se da unas trajinadas que azota (Moreno Villa, 1985: 103-104).

Por su parte, también el poeta español Juan Rejano, exiliado en México, convencido de que el oído atento a la manera de hablar de los mexicanos podría revelarnos muchos rasgos de su sicología, nos brinda la explicación de algunas de sus expresiones típicas.

[...] es evidente que los mexicanos han introducido en el idioma español —idioma rotundo, encrespado, áspero—, una suavidad, un dejo insinuante, una especie de tono medio o media tinta, que no tiene en la Península. Algunas palabras que el español pronuncia allá, le parecen otras al oír las en México, sólo

por la entonación. Se le figura que han pasado por un ejercicio de ablandamiento; que han madurado como frutos y destilan un jugo meloso; en definitiva, que tienen otro significado. Por ejemplo, el *cómo no* mexicano, que es siempre una expresión de cortesía e implica cierta indolencia —para afirmar pone delante la negación—, en boca de un español es una exclamación de desdén, de orgullo o de suficiencia, y desde luego, sale al exterior como una explosión seca. El mexicano ha prescindido de muchas de las asperezas del viejo castellano; ha limado aristas; ha pulido engarces demasiado molestos. En resumen: ha amoldado el lenguaje a su psicología [...] esos constantes *posesivos* que, como los *diminutivos* o los *aumentativos* —tan andaluces, tan españoles— son una especie de graciosas muletillas en el habla de los mexicanos. “Compre usted *su* billete”. “¿Cómo le gusta *su* café?” “¿Le parece bien *su* camisa?” Todavía no está uno decidido a nada, y ya le otorgan la posesión [...]. Yo no sé si esto se originará también en la proverbial cortesía mexicana, o en un sentido de la propiedad excesivamente desarrollado. Porque también se da el caso contrario. Muchas veces he oído hablar entre sí a mexicanos de una misma familia, y nunca he notado que dijeran *papá* o *mamá* a secas, sino *mi* papá, *mi* mamá. Como si de los demás hermanos no lo fueran (1945: 263-267).

Como es natural, al igual que algunos usos mexicanos —especialmente el de la preposición *hasta* con sentido durativo inicial— merecieron la reprobación de los inmigrantes y viajeros españoles, algunas palabras mexicanas les merecieron especial afecto (varios de ellos mencionan el verbo *nin-gunear*, ver el diálogo citado arriba):

Oigo a la madre que le dice al *escuíncl* con aire compungido: “A mí nadie me *chiquea*”. Y me produce más efecto que si la oyera decir: “A mí nadie me acaricia” (o me mima).

Escuíncl es también una palabra muy útil; está entre niño y mocoso.

Otra que me agrada es *apapachar*, que como *chiquear* significa mimar, hacer *carantoñas*. Hay en ella tanta *papa* blandita que me parece apropiada para designar las caricias táctiles del mimo (Moreno Villa, 1985: 323-325).

Varios años después de estos testimonios escritos, ya en el siglo actual, siguen produciéndose crónicas de ese encuentro entre las dos variedades normativas de nuestra lengua, encuentro experimentado *intra muros*, para usar la expresión de uno de los descendientes de los exiliados españoles en México. En su discurso de entrada a la Academia Mexicana de la Lengua, Fernando Serrano Migallón se refiere al descubrimiento de esa gramática familiar, íntima, surgida de su personal relación, en la infancia, con ambos dialectos del español.

La lengua española ha sido siempre para mí un misterio, un enigma que surgió en el momento en que tuve conciencia de vivir dentro de un idioma múltiple, al grado de parecer muchos distintos. Sin saber por qué, intuía que en casa los chicharos eran guisantes, y el betabel, remolacha; mientras que fuera de ella, en mi círculo personal, en la calle, el bocadillo se convertía en torta; si en la familia alguien abordaba un autobús, entre los amigos fuera de este núcleo íntimo se tomaba el camión; que el plural de tú, en casa era vosotros, en tanto que en el otro espacio era ustedes; el vosotros modificaba la conjugación de los verbos dándoles una forma que fuera del hogar sólo se concebía en los cuentos de hadas y para los documentos antiguos.

[...] Pero no había conflicto, había riqueza, y si alguna lección me quedó de aquel tiempo es que todo en la existencia son las palabras que lo nombran. Mi desconcierto creció cuando, ya adulto, en un primer viaje en el que tuve el encuentro con la lengua en su territorio de origen, el contraste fue mayor respecto a la idea que me había formado de ella. El idioma que allá oí era distinto a los otros dos; no sólo en los temas que creía que serían los mismos que tocábamos en casa, lo que no sucedió, sino en las palabras mismas; al tocino lo llamaban beicon; al camarada y a la amiga tío o tía; al bocadillo, bocata y así, el verbo conjugado junto con el respetuoso usted había desaparecido para dejar su lugar a un generalizado tú. Una nueva coraza envolvió a la lengua hablada en mi familia; un nuevo círculo que aislaba y afirmaba su intimidad y sus valores; se transformó en una lengua, misteriosa y aislada, tan antigua y lejana como el ladino de los sefaradíes; se convirtió en un conjunto de símbolos para el ejercicio de una alquimia sentimental (2006).

La devoción por la lengua castellana peninsular, “la lengua madre”, llegó a sus mayores extremos de exaltación romántica e idealista, cuando no de afectividad desbordada, en algunos escritores de principios del siglo xx, como “Florisel” (Ricardo de Alcázar), viejo inmigrante de origen asturiano, imperialista a ultranza, fundador de varias revistas y periódicos durante la primera mitad del siglo xx:

[El castellano] Es, además, y por si todo lo dicho fuera poco, el único idioma colonizador, testicularmente [¡!] colonizador, por ser el único también que practicó, al par que la ecuménica idea de Cristo evangelizadora, el maravilloso aforismo que manda que entre con la sangre del cuerpo la letra del espíritu. Ni Francia, ni Italia, ni Alemania, ni Inglaterra (los Estados Unidos y el Canadá no son países colonizados, sino estructuras económicas de trasplante europeo), ni Roma misma, lograron jamás meter el resplandor de su verbo, envuelto en su propia sangre, en la sangre del país conquistado (1934: 66-67).

El tono de las palabras anteriores nos lleva de manera natural al último aspecto que me he propuesto apuntar aquí: el imperialismo lingüístico, lógicamente asociado al problema de la unidad de la lengua española (“que siempre siguió el imperio los pasos del idioma”, dice “Florisel”, invirtiendo la célebre frase de Nebrija).

Varios han sido los filólogos que han manifestado preocupación por la unidad de nuestra lengua: Nebrija, Menéndez Pidal, Bello, Cuervo, Dámaso Alonso y, más cercano a nosotros, Juan M. Lope Blanch.⁴ Este último, otro español en

⁴ Sirvan de ejemplo las palabras de Dámaso Alonso al respecto: “En el paralelo entre Roma y Castilla queda aún abierta una pregunta *inquietadora*. En el caso de Roma, a la disgregación de las distintas partes del imperio siguió también la fragmentación de la misma lengua imperial; el latín en cada país se transforma en una lengua distinta: [...] ¿Irá, según eso, a ocurrir la fragmentación del castellano en las enormes extensiones donde hoy es hablado en el mundo? Las condiciones modernas de intercambio favorecen la persistencia de nuestra lengua durante mucho tiempo, durante siglos —si grandes conmociones o catástrofes no intervienen—;

México que dedicó su vida y su trabajo a la descripción y al estudio del español de México, manifestó alguna vez, con su habitual y sincera humildad, su deseo de inscribir en la nómina ilustre de trabajos filológicos hispánicos el proyecto de investigación que dirigió durante tantos años, denominado “Estudio coordinado de la norma lingüística culta de las principales ciudades de Iberoamérica y de la Península Ibérica”, y cuyo objetivo principal sería:

determinar qué unía y qué separaba a los hablantes de esas veinte naciones; es decir, precisar en qué medida la lengua española había mantenido su unidad estructural en los tan dilatados territorios en que se hablaba, y en qué medida se habían producido resquebrajaduras y aun rupturas que pudieran poner en peligro la unidad lingüística de los territorios que habían formado parte del imperio español [...]. Muy modesta, muy débil, muy torpemente quisiera inscribir mis pobres esfuerzos filológicos en esa nómina iniciada por Nebrija [...]. Contribuir en alguna medida a conservar la lengua española “en un tenor” a ambos lados del Atlántico no ha de ser tarea peregrina ni mucho menos bizantina [...]. No se trata, para los filólogos hispanohablantes, de adoptar y defender a ultranza un purismo —o, más precisamente, un *casticismo*— trasnochado. Se trata de esforzarse por dirigir la inevitable evolución lingüística por un cauce común a los veinte pueblos hispanohablantes, extendiendo entre todos ellos uniformemente las innovaciones lingüísticas que hayan de presentarse con el correr de los tiempos y con el progreso de los conocimientos humanos, pero tratando de corregir y aun de eliminar las innovaciones particulares, de difícil o nula justificación, que pueden poner en peligro la unidad fundamental del idioma. No pienso, claro está, en las inocentes y fácilmente superables diferencias de carácter léxico, sino en las más profundas y temibles divergencias de carácter morfosintáctico (gramatical), así como en las de índole fonológica [...]. (2005: 147-156).

pero es necesario que cada hispanohablante culto haga por su parte lo posible para perpetuar esa unidad” (1964: 13, vol. I).

Esta comprensible preocupación por la unidad de nuestra lengua había llevado —y desgraciadamente sigue llevando— a más de un filólogo, lingüista y lexicógrafo a lo que otra lingüista hispano mexicana, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua (Concepción Company) ha llamado en distintas ocasiones “presión sociolingüística castellano-céntrica”. He seleccionado de nuevo —por extremo y pintoresco— un ejemplo de “Florisel”. José Vasconcelos había dicho que “el defecto principal de nuestras artistas de teatro consiste en querer imitar de una manera ciega a las actrices españolas...”. Y a esto Florisel pregunta:

¿A qué artistas mejicanos alude usted, señor Vasconcelos? ¿A María Luisa Villegas? ¿A Virginia Fábregas? [...] debemos advertirle, con permiso de usted, que sólo son mejicanos políticamente. Artísticamente, que es como hay que juzgar a los artistas, todos esos nombres citados son españoles, porque fueron iniciados en el arte por españoles y educados por españoles en el vasto, glorioso y sin par teatro español. Por eso, y por agradecimiento tal vez, pronuncian la *ce*, la *zeda*, la *elle*, la *ge*, la *jota* y la *che* con limpidez prosódica castellana y con el fuerte vigor fonético que enseña y exige la viril gallardía de la casta [...] lo que escribió al día siguiente de la presentación de la compañía (argentina de la actriz Camila Quiroga, solemnemente, vestido todo de negro y entre un elegíaco rumor de campanas doblando a muerte por el alma, por la pobre alma de la límpida, clara y sonora prosodia de Castilla, el señor González Peña, correspondiente último de la que limpia, fija y da esplendor al idioma de España [...]. Por primera vez en el teatro, hemos asistido a los funerales de la “c” y de la “z” (1922: 14-15).

En este tenor termina nuestro quijotesco “Florisel” su reproche a Vasconcelos:

...la *ce* y la *zeta* continuarán en su puesto alfabético —la *c* después de la *b* y la *z* al final, con su alfanje al hombro montando la guardia—, y los actores españoles en su glorioso sitio, sobre el más alto pavés que haya levantado nunca teatro alguno, y usted ahí, agazapado, en plan de caza y en espera de que pase, como una liebre, alguna *zeda* (1922: 16).

Un último ejemplo de interferencias de índole afectivo en nuestras actitudes y en nuestro conocimiento de la lengua materna son las etimologías del padre Ángel María Garibay (1892-1967). El ilustre profesor y filólogo mexicano, amoroso traductor del náhuatl y conocedor de varias lenguas, y quien, como ha señalado Moreno de Alba, “con frecuencia se nos aparece como defensor del español mexicano, tanto frente a [...] la Real Academia Española cuanto ante las embestidas de los anglicismos” (2003: 329), pecó, en “algunos pocos casos” de un audaz sesgo hacia las raíces nahuas (2003: 330).

El conjunto de todas estas preocupaciones y actitudes (entre las cuales hay que decir que la relativa a la unidad de la lengua ha cedido casi totalmente en las últimas décadas, gracias en parte a los trabajos de grandes filólogos americanos del siglo xx como Ángel Rosenblat) ha ido moderándose y tamizándose con el correr del tiempo y los conocimientos. Un ejemplo de ello es la “invención” del concepto de *españolismo* frente al de *americanismo* lingüísticos. En 1995, Juan M. Lope Blanch concluye un artículo en torno al mismo concepto haciendo una recomendación formal a la Real Academia Española para que, en la próxima edición del Diccionario, se dé entrada a una nueva acepción de *españolismo*, paralelo —y contrastado— al de *americanismo* propuesto por la Academia, es decir: “Vocablo, acepción o giro propio y privativo de los españoles y particularmente de los que hablan la lengua española” (1995: 440). También desde México, y en diversas ocasiones, los profesores José Moreno de Alba y Raúl Ávila han propuesto igualmente el concepto de *españolismo*, así como algunos otros investigadores fuera de México.⁵

⁵ Juan Gossain, director de noticias de RCN de Colombia, en el Congreso de la lengua española, celebrado en 1992 en Sevilla (413, nº 1), cita al ex presidente colombiano Belisario Betancourt y al profesor alemán

Hemos visto que no sólo los hablantes comunes ceden con frecuencia a la subjetividad en relación con su lengua materna, también los escritores, cuya materia prima es esa misma lengua, y los filólogos y lingüistas, para quienes ésta constituye el objeto principal de estudio, están expuestos a la adopción, por involuntaria que sea, de ciertos sesgos emocionales en relación con su objeto de estudio. La gran variedad —que he intentado al menos comenzar a sugerir en las líneas anteriores— de actitudes y reacciones personales y afectivas que nuestra lengua es capaz de suscitar en muy diversos hablantes, actitudes y reacciones en buena medida modeladoras de nuestra identidad y de nuestros recuerdos, es sin duda uno más de sus aspectos fascinantes.

BIBLIOGRAFÍA

- ALATORRE, ANTONIO (2002), *Los 1001 años de la lengua española* [1979], 3a. ed., México, Fondo de Cultura Económica.
- ALCÁZAR, RICARDO DE, “Florisel” [seud.] (1922), *Por el alma y por el habla de Castilla*, pról. de Felipe Sassone, México, El día español.
- , “Florisel” (1934), *El gachupín, problema máximo de México*, México, s.e.
- , “Florisel” (1944), *Cómo hablamos en México (sintaxis sin tasa, oral y escrita, cogida al vuelo)*, México, Costa-Amic.
- ALONSO, DÁMASO (1964), *Góngora y el Polifemo*, 2 vols., 4a. ed., Madrid, Gredos.
- ALVAR, MANUEL (1991), *El español de las dos orillas*, Madrid, MAPFRE.
- ÁVILA, RAÚL (2005), “Españolismos y mexicanismos: un análisis cuantitativo”, *NRFH*, LIII, 2, pp. 413-455.
- CARRANCÁ Y RIVAS, RAÚL (2003), “Discurso pronunciado por el doctor Raúl Carrancá y Rivas el 10 de octubre de 2003, con motivo

Günter Haensch a propósito de la misma propuesta. También observó Lope Blanch, al igual que Moreno de Alba (502-506) y Ávila, la falta de sistematicidad y congruencia de la Real Academia Española al examinar las decisiones relacionadas con conceptos dialectológicos: no figuran las abreviaturas correspondientes a las provincias, departamentos o estados de los países de la Península Ibérica.

- de la imposición de la placa a un salón de la facultad de derecho, dedicada a los profesores de la emigración española que comenzaron a llegar a México a partir de principios de 1939".
- FLORISEL (ver ALCÁZAR, RICARDO DE)
- GONZÁLEZ DE ESLAVA, FERNÁN (1989), *Villancicos, romances, ensaladas y otras canciones devotas (siglo XVI)*, Margit Frenk (ed.), México, El Colegio de México.
- LOPE BLANCH, JUAN M. (2005), "El estudio de la norma lingüística hispánica y su importancia en la vida de la lengua española", en *Cuestiones de Filología Española*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 147-156.
- (1995), "Americanismo frente a *españolismo* lingüísticos", *NRFH*, XLIII, 2, pp. 433-440.
- MORENO DE ALBA, JOSÉ G. (2003), *La lengua española en México*, México, Fondo de Cultura Económica.
- MORENO VILLA, JOSÉ (1985), *Cornucopia de México y Nueva cornucopia mexicana* [Casa de España en México, 1940], México, Fondo de Cultura Económica.
- Naranja dulce, limón partido. Antología de la lírica infantil mexicana* (2000), selección, prólogo y notas de Mercedes Díaz Roig y María Teresa Miaja, México, El Colegio de México.
- REJANO, JUAN (1945), *La esfinge mestiza*, México, Editorial Leyenda, S. A.
- REYES, ALFONSO (1924a), "Tópicos de café", *Calendario*, Madrid, pp. 19 y 20.
- (1924b), "Psicología dialectal", *Calendario*, Madrid, pp. 141-143.
- ROSENBLAT, ÁNGEL (1986), *Nuestra lengua en ambos mundos*, Madrid, Salvat.
- SERRANO MIGALLÓN, FERNANDO (2006), *Señas de identidad. Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua*, México, 28 de septiembre del 2006, Palacio de Bellas Artes.